

Ariel

REVOLUCIÓN Y DICTADURA

**STEVEN LEVITSKY
LUCAN WAY**

**LOS ORÍGENES VIOLENTOS
DEL AUTORITARISMO**

30 DE ABRIL A LA VENTA

**MATERIAL EMBARGADO HASTA
PUBLICACIÓN**

**EL ANÁLISIS MÁS COMPLETO SOBRE
CÓMO SURGEN LOS SISTEMAS
AUTORITARIOS Y LA FRAGILIDAD DE
LAS DEMOCRACIAS ACTUALES.**



PARA AMPLIAR INFORMACIÓN

Laura Fabregat RESPONSABLE DE COMUNICACIÓN ÁREA DE ENSAYO
682 69 63 61 | lfabregat@planeta.es

SINOPSIS

Los dos mayores expertos mundiales en teoría política y democracia llevan años investigando por qué los estados que nacieron de revoluciones sociales violentas y del derrumbe completo de las estructuras anteriores logran sobrevivir décadas en el poder.

Dictaduras nacidas de la revolución social (como las de China, Cuba, Irán, la Unión Soviética y Vietnam) son extraordinariamente duraderas, incluso frente a crisis económicas, fracasos políticos a gran escala y descontento masivo. Los autores, mediante una premisa que explica su cohesión y sus dinámicas de autoperpetuación, muestran cómo los gobiernos revolucionarios comienzan siendo débiles, para acabar desafiando a poderosos actores externos e internos, que a menudo provocan guerras.

Levitsky y Way analizan la resiliencia de algunas dictaduras, cómo se acomodaron y terminaron transformadas desde dentro o por injerencia externa, y las posibilidades de que estas tendencias se repitan en el complejo mundo que siguió a la caída del comunismo. Unas dinámicas inquietantes a la luz de los nuevos radicalismos y la fragilidad del presente.

LOS AUTORES



STEVEN LEVITSKY es politólogo y profesor de la Universidad de Harvard. Las investigaciones de Levitsky se centran en los partidos políticos, la democracia y el autoritarismo en distintos países en vías de desarrollo. Está especializado en América Latina, y particularmente en Perú y Argentina.



LUCAN AHMED WAY recibió su licenciatura en Harvard y su doctorado en la Universidad de Berkeley, California. La investigación de Way está enfocada en los patrones globales de las democracias y dictaduras. Way también ha publicado artículos.

ALGUNOS FRAGMENTOS

«Cualquiera habría anticipado que el régimen soviético iba a derrumbarse, víctima de un alzamiento por parte de una ciudadanía que llevaba años padeciendo la hambruna y la represión, o bien a manos de un golpe de oficiales del Ejército, enfurecidos contra las brutales purgas de Iósif Stalin y su catastrófica injerencia en cuestiones militares. Sin ir más lejos, había sido el desastre de las fuerzas armadas durante la Primera Guerra Mundial lo que precipitó la caída del régimen zarista. Del mismo modo, se podían atribuir las demoledoras primeras semanas de la invasión al liderazgo de Stalin. »

«La supervivencia del régimen soviético a pesar de las calamidades extremas pone de manifiesto un fenómeno más general y de una enorme trascendencia. Las autocracias revolucionarias — aquellas que nacen de una revolución social violenta— tienen una capacidad extraordinaria de perdurar. El comunismo soviético subsistió setenta y cuatro años; el régimen del Partido Revolucionario Institucional (PRI) de México gobernó durante ochenta y cinco; los regímenes revolucionarios de China, Cuba y Vietnam permanecen todavía en el poder tras más de seis décadas. Del conjunto de los Estados modernos, solo un puñado de monarquías del golfo Pérsico gozan de una longevidad comparable. Las autocracias revolucionarias no se contentan con resistir al embate del tiempo. Como la Unión Soviética, la mayoría de ellas ha sobrevivido a la hostilidad exterior, a malos resultados económicos y a la enorme incapacidad de sus políticas. El Partido Comunista de China logró aferrarse al poder a pesar del catastrófico Gran Salto Adelante y del «Gran Caos» que la Revolución Cultural desencadenó. El régimen comunista de Vietnam soportó la devastación a la que abocaron treinta años de guerra; el régimen revolucionario de Cuba sobrevivió a una invasión auspiciada por Estados Unidos, a un bloqueo comercial desgarrador y a la debacle económica que supuso el colapso de la Unión Soviética. También la República Islámica de Irán ha resistido a cuatro décadas de hostilidad internacional, que incluyen ocho años de guerra sangüinaria con Irak »

« En un análisis estadístico de todos los regímenes autoritarios instaurados desde 1900 — que hemos llevado a cabo junto con Jean Lachapelle y Adam E. Casey—⁷ descubrimos que los regímenes autoritarios nacidos de una revolución social violenta resistían, de media, casi el triple que sus homólogos no revolucionarios.⁸ Los regímenes revolucionarios se desintegran a un ritmo anual que apenas llega a una quinta parte de los no revolucionarios.»

«Resulta ser que un 71 por ciento de los regímenes revolucionarios han sobrevivido treinta años o más, en contraste con el exiguo 19 por ciento en el caso de los regímenes no revolucionarios.¹⁰ Lo más importante es que los orígenes tienden a facilitar que un régimen acabe siendo longevo, incluso cuando controlamos variables estándar como

pueden ser el nivel de desarrollo económico, el aumento del producto interior bruto o PIB, la riqueza procedente del petróleo o el tipo de régimen autoritario (que esté fundamentado en un partido, o que sea militar, monárquico o personalista). »

«Lo mucho que llegan a perdurar los regímenes revolucionarios ha tenido consecuencias de largo alcance. Aunque en conjunto sean solo un puñado (hemos contabilizado veinte desde 1900), las autocracias revolucionarias han ejercido un impacto exorbitado en la política internacional moderna. Las revoluciones intensifican el poder estatal, a veces de manera drástica. »

«Los regímenes revolucionarios, además, han sido responsables tanto de algunas de las tragedias humanas como de la violencia más horrenda de la historia moderna, incluyendo la hambruna de 1932-1933 en Ucrania, el Gran Terror de Stalin, el Gran Salto Adelante de China o el genocidio de los Jemeres Rojos en Camboya. »

«Este libro trata de explicar la extraordinaria perdurabilidad de los regímenes modernos surgidos de una revolución.* Basándonos en análisis comparativos históricos, argumentamos que las revoluciones sociales desencadenan una *secuencia de reacción* que moldea con intensidad la trayectoria del propio régimen a largo plazo.¹⁸ Los intentos de transformar de forma radical el orden social y geopolítico existente por Gobiernos revolucionarios desembocan a menudo en una guerra, sea civil o con otros países. La reacción de los contrarrevolucionarios desempeña un papel crítico en la perdurabilidad del régimen. Las guerras contrarrevolucionarias suponen una amenaza para la existencia de estos regímenes recién formados y, en algunos casos (por ejemplo, Afganistán o Camboya), los destruyen. No obstante, aquellos regímenes revolucionarios que sobreviven a períodos tempranos de violencia y amenaza militar acaban desarrollando tres pilares fundamentales en los que se apoyará su fuerza: (1) una élite cohesionada, (2) un aparato coercitivo muy desarrollado y leal, y (3) la destrucción de las organizaciones rivales y de otros centros de poder en la sociedad.»

«Para identificar los regímenes revolucionarios, elaboramos un listado de la totalidad de 355 autocracias que ha habido desde 1900, basándonos en los datos que Barbara Geddes, Joseph Wright y Erica Frantz ofrecen en «Autocratic Breakdown and Regime Transitions» ('Colapso autocrático y regímenes de transición') (GWF). »

«Para no dejarnos en el tintero a ningún Gobierno revolucionario que hubiera colapsado antes de llegar a su primer año natural de vida — con lo que no cumpliría con los criterios de GWF sobre qué constituye un régimen—,³⁹ indagamos también acerca de los 219 líderes autocráticos que ocuparon el poder por lo menos durante un día, pero menos de un año.⁴⁰ Identificamos dos Gobiernos revolucionarios que murieron en su primera infancia: Finlandia en 1918 y Hungría en 1919. Tras no haber sabido identificar más que dos casos de este tipo confiamos en que no quedarán por detectar otros Gobiernos revolucionarios de corta existencia »

«todos los regímenes que abarca nuestra definición son autoritarios. A nadie le debería sorprender. Ya que cualquier proyecto para transformar a fondo la sociedad va a atacar a los intereses vitales o al modo de vida de poderosos actores del país, así como a grandes capas de la sociedad, estos requieren un nivel de violencia y coerción que resulta incompatible con la democracia liberal.⁴⁵ Las revoluciones sociales pueden contribuir a una democratización a largo plazo, por ejemplo, si destruyen instituciones o clases sociales que impiden el cambio democrático, como Barrington Moore concluye que sucedió en Francia. Pero, en cualquier caso, en todos nuestros ejemplos de revoluciones su régimen inicial ha sido autoritario.»

«Nuestro análisis estadístico añade pruebas de que tener un origen revolucionario se vincula con autoritarismos de partido más duraderos. Hemos concluido que, de entre los regímenes autoritarios que han surgido desde 1900, aquellos que se sedimentaron a partir de una revolución poseen una mayor robustez que otros. Un régimen revolucionario tiene menos de la mitad de posibilidades de colapso, en el año que sea, que otro de orígenes no revolucionarios.⁶¹ Varias teorías académicas para explicar la variación en cuanto a la longevidad de los sistemas autoritarios se basan en la historia, y examinan el papel de sus orígenes.»

«Existe un abundante acervo de estudios acerca de las revoluciones sociales. Gran parte de las investigaciones se centran en las *causas* de la revolución. Los investigadores llevan largo tiempo debatiendo sobre la función causal de la modernización, la estructura de clases, la cultura, la ideología y el liderazgo. »

«Dos sendas revolucionarias alternativas conducen a regímenes menos duraderos. Una es una senda radical que lleva a una *muerte prematura*, en la que los ataques revolucionarios contra los grandes intereses nacionales e internacionales encienden la mecha de un conflicto militar que destruirá el régimen. Hungría (1919), la Camboya de los Jemeres Rojos y el Afganistán que gobernaron los talibanes (1996-2001) siguieron este camino. La otra senda alternativa es la de la *acomodación*, donde los revolucionarios inician cambios sociales de enorme pretensión, pero luego moderan o abandonan la mayoría de sus medidas para impedir una respuesta contrarrevolucionaria.»

«Cuando observamos la fuerza de los regímenes de México y de la Unión Soviética durante las décadas de 1950 y 1960, o de la China y el Vietnam contemporáneos, resulta fácil olvidar que la mayoría de las autocracias revolucionarias nacen siendo débiles. Los revolucionarios toman el poder cuando implosiona el Estado: cuando Ejércitos, fuerzas policiales y burocracias ya existentes han sido destruidos en parte o del todo. Es inevitable, pues, que las nuevas élites revolucionarias hereden Estados débiles. Los Ejércitos rebeldes a menudo son demasiado pequeños, con escasa dotación e insuficiente experiencia para mantener el orden en todo el territorio nacional.»

«La ausencia de un partido fuerte o de un aparato de coerción hace vulnerables a los Gobiernos revolucionarios frente a amenazas de actores variopintos, desde las élites del

antiguo régimen a vestigios del Ejército anterior, pasando por organizaciones políticas rivales que buscan el poder tras el colapso del sistema precedente.»

«Lo que hacen la mayoría de los Gobiernos revolucionarios es justo lo contrario. Con la toma del poder, sus élites se embarcan en iniciativas políticas radicales que resultan amenazantes para los intereses de agentes domésticos y extranjeros, y trastocan el *modus vivendi* de gran parte de la sociedad. Por ejemplo, los bolcheviques abolieron la propiedad privada, paralizaron el abono de pagos y rechazaron la deuda extranjera de Rusia, provocando «ondas sísmicas» en el sistema financiero internacional.⁹⁷ Algo parecido les sucedió a los revolucionarios cubanos, que ignoraron el consejo de sus patrocinadores soviéticos e intentaron exportar la revolución armada por toda América Latina en la década de 1960. Este «mesianismo revolucionario» situó a Cuba en el punto de mira del Gobierno estadounidense, que empezó a representar una amenaza directa a la supervivencia del régimen. »

«Las revoluciones también provocan guerras *externas*, a menudo con Estados colindantes cuyos Gobiernos se sienten amenazados por el Gobierno revolucionario, o bien buscan su oportunidad tras el colapso del Estado. Por ejemplo, la sanguinaria guerra entre Irán e Irak (1980-1988) fue consecuencia directa de la Revolución iraní, ya que Sadam Husein veía en el Gobierno de Jomeini un peligro. El Gobierno revolucionario de Vietnam se embarcó en una guerra asoladora con Estados Unidos, mientras que a la Revolución camboyana le siguieron hostilidades con Vietnam. En la década de 1990, Eritrea se enzarzó en un conflicto militar con todos y cada uno de los países con los que compartía fronteras terrestres. Un balance notable, de diecisiete entre veinte revoluciones, condujo a guerras civiles o con el exterior.* Los conflictos posrevolucionarios generan amenazas existenciales de larga duración, a menudo por parte de enemigos poderosos. Vietnam, por ejemplo, vivió en un estado ininterrumpido de guerra — contra Francia y más tarde contra Estados Unidos— durante treinta años. El Gobierno revolucionario de Cuba se enfrentó a décadas de hostilidad sin tregua estadounidense y sus dirigentes persistieron en su «mentalidad de asedio» incluso hasta el principio de los dos mil.»

«Cuando los regímenes sobreviven a sus consiguientes reacciones contrarrevolucionarias, no obstante, en el propio conflicto militar se gestan procesos de construcción de Estado y transformación social de índole revolucionaria; ambos cementan el autoritarismo a largo plazo. El conflicto violento al que abocan las transformaciones radicales del orden social o geopolítico conduce a una percepción prolongada de extremada amenaza. Esta refuerza la cohesión entre las élites, contribuye al desarrollo de organismos coercitivos fuertes y leales y facilita la destrucción de centros alternativos de poder social.»

«Un conflicto contrarrevolucionario tiende a producir una élite cohesionada para el régimen, o bien una en que la desertión entre los altos cargos del Gobierno o del partido resulta extraña, incluso en tiempos de crisis. Las revoluciones aumentan la cohesión de las élites porque polarizan la sociedad, con frecuencia durante décadas.»

«La fusión entre partido y Ejército incrementa la autoridad de los líderes políticos, muchos de los cuales dirigieron la lucha armada. Así pues, en Albania, Angola, China, Cuba, Eritrea, México, Mozambique, Nicaragua o Yugoslavia, como en otras partes, los líderes del partido fueron antes comandantes de la guerrilla durante los conflictos revolucionarios. Sus logros militares y su demostrada voluntad de compartir riesgos en el campo de batalla los dotaron de «prestigio marcial».129 Crear Ejércitos desde cero permite asimismo a las élites revolucionarias infiltrar en ellos a comisarios políticos y otros cuerpos de control y supervisión del partido.»

«Un aparato coercitivo desarrollado — en especial, uno muy alineado con la élite gobernante— incrementa la capacidad represiva de un régimen. Además de cismas entre las élites y los golpes, los autócratas se enfrentan a amenazas potenciales que vienen de abajo.152 Para abordarlas, confían en métodos represivos de baja y alta intensidad.153 La represión de alta intensidad se refiere a actos de alta visibilidad entre una gran cantidad de gente, personalidades conocidas e instituciones importantes.»

«Los orígenes revolucionarios aumentan la capacidad de los autócratas de ejercer represión de baja y alta intensidad. La enorme implantación de aparatos estatales centrales, a menudo en un contexto de movilización en tiempos de guerra, incrementó la capacidad de los regímenes revolucionarios para vigilar y reprimir con otros métodos de baja intensidad. La KGB soviética colocaba a oficiales en toda empresa, fábrica o institución gubernamental de cierta importancia, y llegó a recurrir a unos once millones de confidentes infiltrados en casi todos los bloques de viviendas del país.»

«El conflicto revolucionario y contrarrevolucionario facilita la destrucción tanto de los rivales existentes como de las instituciones sociales que pudieran servir de base a cuestionamientos futuros. Las guerras permiten que los Gobiernos hagan cosas que las dictaduras corrientes a menudo no pueden hacer. Por ejemplo, facilitan a las élites revolucionarias tanto una justificación como un medio para destruir a los rivales políticos. La guerra civil rusa permitió que los bolcheviques se quitaran de en medio a las demás formaciones socialistas, incluyendo a los mencheviques y al popular Partido Social-Revolucionario. En Yugoslavia, la guerra revolucionaria permitió a los partisanos destruir a los chetniks nacionalistas, con quienes competían por el control del país.»

«Medimos los tres pilares de la durabilidad de un régimen del siguiente modo. En primer lugar, una élite cohesionada es aquella en que será difícil contemplar la desertión y la oposición por parte de oficiales de alto nivel, hasta en períodos de crisis. Cuando sí se producen desertiones, pocos actores del régimen las siguen. Aunque puede existir un conflicto extenso (e incluso violento) entre las élites, aquellos que pierden las batallas de las facciones y otras élites disidentes cierran filas o permanecen en silencio — en lugar de obrar contra el régimen— durante la crisis.»

«Qué explica la preferencia entre una estrategia radical o una acomodaticia? Quien ocupa el mando tiene un papel. Las estrategias radicales a menudo las imponen líderes de carácter singular y dispuestos al riesgo, a pesar de la resistencia interna y unas exiguas probabilidades de éxito. Es plausible argumentar, por ejemplo, que líderes de

férrea voluntad como Lenin y Stalin, Mao, Castro y Jomeini impulsarían iniciativas radicales que sus Gobiernos, en otra tesitura, podrían no haber adoptado.»

«Los regímenes revolucionarios duraderos surgen de una secuencia reactiva. La mayoría nace débil. Las élites revolucionarias que no instituyen Ejércitos poderosos y aniquilan a sus rivales en enfrentamientos guerrilleros prolongados (como en China y Vietnam) deberán hacerlo después de alcanzar el poder. Este modelo de construcción de Estado y partido por lo general solo tiene lugar como respuesta a una amenaza existencial militar. Las medidas radicales llevadas a cabo por los Gobiernos revolucionarios, que crean enemigos poderosos en casa y en el exterior, tienden a generar este tipo de amenazas. A veces, los conflictos contrarrevolucionarios de este tipo terminan por ser fatídicos, y en ocasiones no bastan para generar una verdadera secuencia reactiva.»

«El contexto internacional es un factor secundario entre los que determinan las trayectorias de los regímenes revolucionarios. En nueve de nuestros casos, que incluyen dos de los más duraderos, México y Rusia, los regímenes revolucionarios surgieron antes o después de la Guerra Fría. »

«Los legados revolucionarios son duraderos, pero no permanentes. Los pilares del autoritarismo se desgastan con el tiempo, aunque de manera lenta e incompleta, dejando en última instancia a los regímenes más vulnerables ante el colapso. Este proceso de decadencia se vio con mayor claridad en México y la URSS, los casos más antiguos y longevos que tratamos en este libro. »

«Los pilares de la durabilidad de los regímenes revolucionarios sufren con el paso del tiempo, pero su desgaste es lento y desigual. Aunque las bases gracias a las que perduran en un principio — una élite fundacional prestigiosa y comprometida con su ideología— desaparezcan, y con ello la cohesión de las élites y la capacidad coercitiva de alta intensidad pierdan su fundamento, otros legados de la revolución, como las grandes estructuras de coerción o las asimetrías extremas de poder entre el Estado y la sociedad, tienden a seguir mucho tiempo en pie tras el desvanecimiento de las amenazas contrarrevolucionarias y la defunción de las generaciones fundacionales.»

«En nuestro estudio se enfatiza el papel crucial que la ideología puede desempeñar en la creación de regímenes autoritarios duraderos. La mayoría de las discusiones teóricas clásicas de la revolución — desde tiempos de Marx— desprecian o ignoran la importancia de la ideología. Es célebre la afirmación de Skocpol de que las ideologías no nos dan «esquemas» predictivos sobre los resultados de una revolución. Del mismo modo, la mayoría de los estudios contemporáneos sobre el autoritarismo tratan a los autócratas, usando una definición muy restringida, como «maximizadores del poder. [...] Aunque la maximización del poder resulta con frecuencia útil para analizar las dinámicas de un Gobierno autoritario, no se entienden las decisiones iniciales de los líderes revolucionarios — y, en consecuencia, de las trayectorias revolucionarias a largo plazo— sin referencia a la ideología. »

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN

Laura Fabregat RESPONSABLE DE COMUNICACIÓN ÁREA DE ENSAYO

682 69 63 61 | lfabregat@planeta.es